

**“RENUNCIANDO A LAS PROPIAS VOLUNTADES”<sup>16</sup>**  
**Notas sobre el Prólogo de la *Regla* de san Benito**

El Prólogo de la *Regla* de san Benito comienza con una palabra, una invitación paterna al hijo para que escuche e incline el oído de su corazón, reciba con agrado y cumpla con eficacia los preceptos del maestro y la revelación, el secreto, el consejo salvador del padre bueno.

De estas breves líneas, íntegramente de Benito, aunque inspiradas en tradiciones monásticas anteriores, surge esta especie de consejo de valor incontestable y de sabiduría superior: “Para que vuelvas por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías apartado por la desidia de la desobediencia”.

Aquí se encuentra sintetizado un principio primario de antropología bíblica<sup>17</sup>. La humanidad decae por disentir con la voluntad de Dios, y se esclaviza, se condena a la corrupción y a la muerte, pero Dios mismo le indica –especialmente en la Persona del Hijo– el camino de retorno por el trabajo de la obediencia, obediencia de Hijo, en el amor al Dios que se hace Padre.

2. Dichas estas pocas palabras, Benito prosigue vivazmente concretando su mensaje en forma directa e incisiva: “A ti, pues, se dirige ahora mi palabra, quienquiera que seas que renunciando a las propias voluntades, empuñas las gloriosas y poderosísimas armas de la obediencia para militar bajo Cristo Señor, verdadero Rey”.

Este “a ti quienquiera que seas”, lanza como un desafío universal, que alcanza a todos y, de hecho, no hay quien pueda eludir el impacto de la Palabra del Señor, Palabra de Señor, Palabra de Salvación. Dios es el Padre de todos los hombres y a todos quiere salvar, quiere que todos sean perfectos como Él es perfecto.

La continuación de la frase, sin embargo, nos coloca dentro de un contexto desconcertante, dentro de una concepción antropológica tenida por inaceptable para una visión natural del hombre de cualquier tiempo, y mucho más para el hombre de nuestro tiempo que supone que su gran conquista humanística es la liberación de un yo reprimido, la afirmación de su convicción en la sanidad radical del ser humano desinhibido, liberado de represiones y de los residuos neuróticos de antiguas represiones. Cómo concebir, en efecto, que se llegue a decir a este hombre “de hoy”: “a ti, quienquiera que seas que, renunciando a las propias voluntades, empuñas... armas de obediencia... para militar...”. A nuestro oído crítico, eso suena como a esclavitud medieval en su forma más crasa. Se trata, no obstante, de la esclavitud del Evangelio, que contiene el tesoro escondido de la liberación, de la única verdadera y posible.

3. El Evangelio, el anuncio de la Buena Nueva de Salvación pide la vida, “quien sabe perderla sabe ganarla”, pide “conversión”.

S. Benito dirá “renunciando a las propias voluntades”, lo cual significa: identificándose con una Voluntad más alta, infinitamente más sabia, más esclarecida y que ve infinitamente más lejos; el monje muere para sí, pero muere en un amor mayor y eso lo libera en una dimensión infinita e inabarcable, cuando no incipientemente en la propia experiencia de la donación.

---

<sup>16</sup> Tradujo: M. Mectildis C. Santangelo, osb. Santa Escolástica.

<sup>17</sup> Ver “Notas Monásticas” Liturgia e Vida, Nov-Dic. 1977, n. 144, pp. 17-23.

“Renunciando a las propias voluntades”: la frase toca la médula de la condición humana que la concepción bíblica del hombre ya nos reveló hace siglos: Dios dio al hombre una voluntad libre y dejó que la ejerciera libremente para amar o aún –escándalo de los escándalos decía Bernanos– para no amar, para rechazar la otra voluntad espiritual y libre en el mundo, la voluntad del Creador. No amando esta otra voluntad el hombre la desconoce, la ignora, se encierra en sí mismo, en su propia pequeñez, se hace su propios dios: “Seréis como dioses” dice la serpiente, obraréis conforme a vuestro parecer, pero este endiosamiento será muy miserable y pobre será la alienación, la esclavitud al Príncipe de este mundo, esclavitud de un rey depuesto que falló en el secreto de su poder y de su soberanía<sup>18</sup>.

Veremos entonces que el hombre está ansioso por asegurar su tesoro: su voluntad su cetro maniobrándolo en todos los sentidos, pero sin conseguir su felicidad, sin conseguir la grandeza de su destino, engañándose sucesivamente, siempre en busca del espejismo de una liberación que esclaviza cada vez más.

4. Encontramos al hombre ávido de afirmar ese impulso muy suyo, de criatura racional, que fue la razón de ser. de su deslumbramiento de señor, de su amor de perdición y que él mismo tendrá que someter, lo quiera o no, a imposiciones inferiores de las realidades sociales para poder, al fin, sobrevivir, a través de un inevitable e indispensable convivir. Las ciencias humanas intentan ayudarlo, confortarlo y animarlo en esa tremenda humillación. La buena nueva de Cristo le abre un Camino, una Verdad, una Vida, a través de una humildad esclarecida y luminosa que apunta a una “obediencia” un “ob-audire”, un oír que viene al encuentro, y que tiene su fuente en el Amor de Padre del Creador, fuente de todo amor. Finalmente todo es poseído porque es ofrecido, se renuncia a todo y todo es poseído, comenzando por la propia voluntad.

5. S. Benito dice: “renunciando a las propias voluntades”. Ahora bien, la voluntad, está en la raíz de la condición humana: el núcleo más íntimo del ser humano es la libertad. Los hombres que se toman el trabajo de pensar, aun yendo al ocaso por la densa oscuridad de las tinieblas, a la luz de una vela – hecho tanto más chocante por cuanto hace veinte siglos la luz brilló en las tinieblas, “pero el mundo no lo conoció” (Jn 1,10)– intentan formular este secreto íntimo de la personalidad humana: la voluntad, la libertad. Fuerza de eclosión de vida, fuerza de construcción y de afirmación del ser, fuerza que mueve el mundo y otras estrellas, pero fuerza que se hace enfermedad, muchas veces mórbida y frustrada, llevada hasta la agresión, capaz de destruirlo todo, o a la depresión capaz de autodestruirse. en la más dolorosa apatía e impotencia de vivir; fuerza que nace en un milagro cotidiano, que crece en un

---

<sup>18</sup> Hay un momento en la polémica de los judíos con Jesús, según la narración de san Juan, en que aquellos lo acusan de blasfemo, pues, “siendo sólo hombre, tú te haces Dios” (Jn 10,33)”. Y Jesús responde: “¿No está escrito en vuestra Ley: ‘yo he dicho dioses sois?’”. Si llama dioses a aquellos a quienes fue dirigida la Palabra de Dios –y no puede fallar la Escritura– ¿cómo decís que Aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo blasfema por haber dicho: ‘Yo soy Hijo de Dios?’”, y agrega: “Creed en mí porque hago las obras de mi Padre: el Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn 10,34-8). El argumento de Jesús a fortiori: si ellos son, con mayor razón Yo, que estoy con el Padre, admite, citando la Escritura, que los hombres participan de la fuerza divina –pueden en cierto modo ser llamados dioses– en la medida en que reciben la Palabra de Dios y viven de ella, dan testimonio de ella. Como en el caso del salmo citado (82,6 - Vulg. 81), los jueces a quienes está entregada la suerte de los pobres, porque profieren la justicia divina, son llamados “dioses” hijos del Altísimo, no obstante ser realmente hombres, “adam”. En este sentido el hombre es un dios, precisamente porque no se hace *su* dios, sino que se une a Dios, refleja a Dios porque obedece, oye a Dios y ofrece a Dios.

A título de curiosidad puede ser aplicada esa diferencia, de momento al teólogo Küng. Los Obispos alemanes, censurando su obra “*Ser Cristiano*”, dicen en cierto lugar: “En la Santa Misa, cuando se mezcla el agua con el vino, se reza: ‘Concedéndonos por el misterio de esta agua y vino, que participemos de la divinidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad’. Contra esto el profesor Küng, hace suya la pregunta: “Pero, ¿existe hoy día algún hombre razonable que quiera ser Dios?” (pág. 433). No podemos leer esta frase sin dolor. ¿Quién piensa o dónde se enseña que en la redención el hombre deja de ser hombre porque se ha convertido en Dios?” (cf. *L’Osservatore Romano*, ed. en lengua española, 12-3-78, p. 10 ). Los Obispos alemanes se lamentan, pero la respuesta a Küng es muy simple y obvia: Sí, prof. Küng, hay hombres que se quieren volver Dios y también que se quieren volver dioses... Los hay quienes quieren participar de la naturaleza divina y es el mismo Dios quien les propone tal cosa. Véase la respuesta de Cristo, citada más arriba y toda la teología de la participación de la naturaleza divina. Hay, sin embargo, también quienes fabrican sus propios dioses...–cosa por otra parte, muy antigua en la humanidad– y se escandalizan con la verdad de Dios. Son teólogos para quienes Dios no cuenta; sólo cuenta el dios que ellos crean y que dice lo que ellos quieren decir u oír. Son sus propios dioses. Küng es la respuesta a Küng.

misterio de pujanza y de belleza, que se debilita y muere sin por qué y sin pena ni gloria dejando en torno una incierta búsqueda de un “para qué” que intenta explicar lo inexplicable.

6. A cada instante nos encontramos con explicaciones, cada una con su verdad, sobre la fuerza del vivir humano. En definitiva se trata de aquellas voluntades que S. Benito nos quiere enseñar a renunciar. ¿Cómo esbozar un rápido cuadro de esas explicaciones del ser humano que a cada paso encontramos? ¿Qué es el yo humano, quién es ese “sujeto” de voluntades y afirmaciones? Quien sabe si será un ser que sólo se constituye en “yo” sujeto, porque fue separado de otro ser que le hace falta.

Sólo es posible vivir porque hubo ese corte, esa ruptura de la unidad, real pero precaria. Se vive porque se ha sido vaciado, carente de algo. El sujeto se constituye por causa de esa ruptura: “manque constituant”.

Esa ruptura se hace carencia. Dentro del “yo” existe, sin embargo, el impulso hacia la “recuperación” de la unidad perdida, de ahí las voluntades, las búsquedas incesantes en todos los niveles de la infancia, adolescencia, juventud, madurez, vejez. El “amor” sería la expresión de esas voluntades de encontrar en el otro lo que pueda llenar ese vacío de carencia siempre abierto, que el ser humano, sin nítida y constante conciencia de su propia condición, conlleva a lo largo de la existencia.

Sea cual fuere el objeto que ese amor procure y llegue a encontrar no será nunca capaz de llenar el vacío existente. Ese objeto, ya inicialmente –si fuera un ser adecuado al hombre– será también sujeto carente de otro. Y ¿quién dirá que ese otro, buscado como objeto, será exactamente el sujeto que, a su vez, lo busca como objeto? En el más perfecto de los encuentros ¿hasta qué punto la saciedad será plena? Como nunca puede ser plena en cuanto ofrecida por un objeto tan solo humano y limitado pero deseado como objeto de conquista del que, como presa poseída, ¿cuántas restricciones sufrirán los ímpetus voluntarios de los dos sujetos en causa, un objeto del otro, para que no se desmorone totalmente la soñada realización y no se caiga finalmente, en un pesimismo destructivo, o en una acomodación mediocre, amortiguada por las banales diversiones –“fugas” en varios tonos– o las tareas cotidianas?

7. El ímpetu del “eros” platónico –el amor lleva a la posesión perpetua de lo Bueno– que impulsa hacia la búsqueda de una belleza inmaterial de una “forma”, perdida en la inmaterialidad y en la liberación del Bien separado, por la superación de este sepulcro de la materia corruptora, sería la tentativa de escapar por lo alto –un alto poco convincente– de ese aprisionamiento que sofoca y hasta oprime las voluntades que, en el fondo, sería la tentativa de llenar el vacío, de recuperar la unidad, perdida aun antes de haber sido verdaderamente poseída.

Por eso, S. Benito dice “renunciando a las propias voluntades” y además lo que sigue, que da pleno sentido y nuevos horizontes a la renuncia.

8. Mientras que el ser humano aspira y lucha incesante e inconscientemente para encontrar la identidad y unidad de su “yo” ¿cómo no estar constantemente oprimido por un temor subyacente? Teme no encontrarse, teme el fracaso, teme no corresponder. Teme la lucha, con sus altibajos para vencer el temor ante una realidad siempre difícil, adversa o que, en la mejor de las hipótesis, deja siempre un sabor de insatisfacción: por un lado, un margen de querer más que supera todas las fuerzas; por otro, una frustración del acomodarse a una condición que, aunque exteriormente y en apariencia privilegiada, significa una forzada extinción de fuerzas interiores crepitantes e insatisfechas. ¿Cómo vivir en función de los impulsos violentos de las voluntades, sin temer no satisfacerlos?

Si hay temor, hay depresión o agresión, hay cansancio, inquietud, angustia, hay, en todo caso, la certeza de una derrota final que es como el desenlace de un cortejo de victorias que se agotan rápidamente, confundándose casi con las propias derrotas. El nivel psicológico en que todo eso es tratado lleva, en los casos felices, a soluciones relativamente satisfactorias cuando quedan estrictamente en su ámbito. Aún suponiendo que el quedar estrictamente en su ámbito no signifiquen impedir definitivamente cerrar con puertas de hierro el acceso al campo metafísico, al campo

trascendente del ser humano, donde en definitiva se esconden las raíces de sus dramas, donde está realmente plantado el secreto de las realidades humanas que aparecen visibles en la superficie, en el nivel psicológico aparentemente único y profundo, como pretenciosamente se lo llama y como de hecho lo es: profundo dentro de la relatividad de las cosas superficiales y visibles.

9. En esta búsqueda de una comprensión del principio de S. Benito “renunciando a las propias voluntades” que es una formulación monástica del principio Evangélico del Hijo que vino –*obediens usque ad mortem*– para hacer la voluntad del Padre, damos con las concepciones corrientes en nuestros días sobre la naturaleza del hombre, fuertemente marcadas por las investigaciones y formulaciones freudianas. El “yo” que se quiere afirmar o formar como persona humana, un determinado sujeto, un “*je*” y no sólo un “*moi clos par le regard des autres*” es un “yo” que brota de la espontaneidad explosiva de un *placer primario*, casi instintivo e incluso afectivo que, con el desarrollo del sujeto, se expande, de a poco, hacia el dominio de un *placer secundario*, propio de un yo que tiene sentimientos más evolucionados en línea social. El “yo” secundario, más altruista que el yo primario “egoísta”, primitivo en la búsqueda de la solución de sus tensiones, ya es el fruto de un feliz e inevitable contacto con la *realidad*.

“El primer obstáculo con el que choca el principio del placer es conocido desde hace tiempo, como un obstáculo, por decirlo así, normal y regular. Es notorio que nuestro psiquismo procura naturalmente y en virtud de su propia constitución, conformarse con el principio del placer. Sucede que, en presencia de dificultades cuya fuente está en el mundo exterior, su afirmación pura y simple y en todas las circunstancias, se revela como imposible, aun como peligrosa para la conservación del organismo, de la vida humana. Bajo la influencia del instinto de conservación del yo, el principio del placer se apaga y cede el lugar al principio de la realidad que hace que, sin renunciar a la meta final que constituye el placer, se consienta en postergar su realización, en no aprovechar ciertas posibilidades que se ofrecen a un estímulo de la satisfacción soportando aun una carencia momentánea de placer, en vistas a una ocasión que pueda llevar al placer”.

Este texto de Freud en uno de sus escritos más lúcidos (“*Más allá del principio del placer*”) demuestra lo que puede ser este “yo” que es “parte del *id* modificado por la proximidad e influencia del mundo exterior” que lo rodea. Ese contacto con el mundo exterior, es decir, con la comunión social, con la convivencia, dentro de la cual necesariamente se vive y se sobrevive, se torna para el “yo” algo de capital importancia:

«El yo tiene por misión ser el representante de este mundo a los ojos del “*id*”... En efecto, sin el “Ego” –así esclarecido y adaptado por la realidad– el “*id*” aspirando ciegamente a las satisfacciones instintivas se quebraría imprudentemente en el encuentro con esta fuerza exterior más poderosa que él, la realidad» (*Nuevas Conferencias sobre el Psicoanálisis*).

10. Las breves líneas citadas de Freud, no serán suficientes para conocer su pensamiento, pero tal vez alcancen para percibir dónde y cómo se encuentran las fuentes de las voluntades humanas. Serán suficientes para percibir la maraña de contradicciones y conflictos dentro de la cual brota y crece el ser humano. Teniendo dentro de sí un espontáneo principio de placer y de usufructo de los bienes que lo rodean, la propia exigencia de subsistir exige una realidad social que lo bloquea y reprime aquel principio innato e inconsciente. De esa forma el propio Ego pasa a tener en sí, como componente suyo, la imposición del principio de la realidad. A título de curiosidad, hacemos notar que Herbert Marcuse, más radical en línea social, muestra cuál es la forma histórica del principio de la realidad en la sociedad de consumo, donde se realiza “la distribución de la escasez”. Sería “el principio de la actuación”. “Los hombres no viven su propia vida, sino que desempeñan solamente funciones pre-establecidas. El hombre: instrumento de actuación alienado” (*Eros e Civilização*, 6a. ed. 51-59).

Qué otra conclusión podemos sacar de tales concepciones, sino que el hombre que elevó al máximo su capacidad de querer, que lucha por querer ser siempre más dueño y señor de su destino, de su visión de las cosas, en presencia de Dios, acaba por presentarse a los ojos de quien lo ve apenas psicológica o

fenomenológicamente, como el más triste de los animales esclavos, realmente el único animal esclavo, pues es el único hecho para ser libre, y no consigue serlo.

Entonces, con cierto optimismo humanístico leemos que S. Benito se dirige a alguien que es capaz de “renunciar a las propias voluntades”. Un gesto que aparece inicialmente como esclavizante pasa paulatinamente a significar un dominio, un principado que el hombre tiene sobre sí mismo y sobre la incoercible exigencia de auto-afirmación que lo atormenta.

“Renunciar a las propias voluntades”, de manera normal, sin neurosis ni frustraciones ni fobias o cosas semejantes ¿qué héroe freudiano lo conseguiría? Lo han conseguido a través de los siglos, el cristiano en camino de perfección, como por ejemplo, el monje guiado por un maestro, Benito.

Si existe una fuerza de autoafirmación, existe una fuerza mayor de amor que domina. Existe el Amor que es mayor. Existe la autoafirmación transfigurada por el Amor que asume la renuncia.

11. Por tanto, preferimos designar como autoafirmación lo que Freud ve como principio de placer. El hombre es un ser que se afirma, aun sin placer, hasta sufrir o morir. Tal constatación que puede provenir de una antropología bíblica, comprobada por el cotidiano de cada vida es, por otra parte e independiente de ello, una constatación histórico-sociológica.

Toynbee, el historiador inglés, nos enseña cómo se comporta el hombre en la historia revelando su “trágica incompetencia” de luchar con los otros hombres<sup>19</sup>. En monografías anteriores, ya encontramos importantes formulaciones de Toynbee al respecto de esa incompetencia que proviene de una antigua religión: “el culto que nos tributamos a nosotros mismos” que muchas veces se presenta en plural: “el culto del poder humano colectivo”. Toynbee encara una aplicación práctica y política actual: los totalitarismos o, como él los llama: los nacionalismos. Pero todo eso no es más que variaciones sobre un mismo tema perverso de extensión vastísima, indeterminada: “la auto-adoración del hombre”<sup>20</sup>.

Toynbee veía pues la necesidad de que el cristianismo y todas las religiones que él llama “superiores”, asumieran una actitud positiva, que unieran sus esfuerzos para proclamar una creencia común a todas ellas: “Todas creen que el hombre no es la más alta presencia espiritual en el universo”. Si perdemos esta creencia, agrega, nos hemos perdido a nosotros mismos. Esta misma idea se refleja en la obra: “*La Sociedad del futuro*” “en términos más generales, más radicalmente humanos, menos absorbidos por el problema político: totalitarismo, nacionalismo, pues, por lo que parece, el mismo nacionalismo ya fue superado por una fuerza mayor de auto-adoración: el tecnocratismo. En cierto momento dice el autor:

“Estoy plenamente convencido de que el problema fundamental del hombre es su egocentrismo” (p. 60).

Esta es una de las confesiones más nítidas y valientes de la creencia en aquello que equivalentemente nos revela la Biblia: el pecado del hombre es su autoafirmación como dios, su propio dios.

En las más diversas situaciones, desde el hombre primitivo que respetaba la naturaleza porque la temía, hasta el tiempo de la afirmación del poder colectivo nacionalista que fracciona la humanidad en pequeños núcleos cerrados, hasta la potencia unificadora incomparable y adorable de la tecnología, hay un sólo ídolo fundamental y radical que es el hombre. Ante ese pecado estructural –que la teología llama original– y que Marx formula: “el hombre es para el hombre un ser supremo”; “es preciso colocar la humanidad en el lugar del Ser supremo” (Comte); o “Dios está muerto” (W. Hamilton y otros), Toynbee cree que sólo la revolución religiosa sería camino de paz y armonía.

---

<sup>19</sup> Cf. Arnold TOYNBEE: *A sociedade do futuro*, traducción de “*Surviving the future*” (1ª ed. 1971) Zahar, 1974, pp. 52-57; 70-78.

<sup>20</sup> Ver las monografías: “Le christianisme et les autres religions du monde” y “Le monde et l’Occident”. Preface de Jacques Madaule, D. de Br., 1953.

“Por religión entiendo la superación del egocentrismo tanto en términos individuales como comunitarios, la comunión con la divinidad suprema trascendente y la armonía entre esa divinidad y los deseos individuales” (p.78).

Parece bien claro que el “egocentrismo comunitario” no es otra cosa que una salida honrosa para el egocentrismo individual, en la medida y en tanto éste no consigue imponerse<sup>21</sup>.

Por tanto ¿qué armonía puede existir entre “divinidad y deseos individuales”, sino la renuncia a las propias voluntades y la adhesión amorosa de la voluntad creada y limitada a la voluntad infinita del Creador, que es lo que se llama obediencia?

Pero Toynbee agrega más:

“Creo que ése es el único camino para obtener la paz. Estamos lejos de alcanzarla. Hasta llegar a esa meta la supervivencia de la humanidad seguirá siendo un interrogante (ib., p. 78).

En definitiva, el análisis y la conclusión de Toynbee se encuentran con mayor o menor agudeza y sinceridad en la observación de muchos que, sin embargo, no siempre quieren mostrarse suficientemente convencidos y, por tanto, coherentes con sus propias observaciones. Menninger<sup>22</sup> cita a Bertrand Russell:

“A todo hombre le agradecería ser Dios, si eso fuese posible, algunos hasta encuentran difícil admitir la imposibilidad; y estudian tal forma de auto-edificación en los grandes del mundo y aun en los “humildes” en las diversas formas de narcisismo. En aquellos parecería tratarse de una codicia por el poder, pero frecuentemente con un elemento narcisista consciente”.

En todos, grandes y pequeños, por decirlo mejor, en todo el ser humano, existe aquella raíz común de autoafirmación llamada también narcisismo por algunos que aparece o es cultivada según las mil variadas situaciones en que se coloca cada vida humana. En eso reside la riqueza del drama humano, su universalidad y lo que ella puede ofrecer de dramático, de desdichado dentro de un clima denso de “humour y de dolorosa ironía.

Desde el rey hasta el mendigo, desde el niño hasta el anciano, todos pasan por ese drama. Por eso, S. Benito puede afirmar en el Prólogo: “A ti, se dirige ahora mi palabra, quienquiera que seas que renunciando a las propias voluntades...”. Tampoco es posible dentro de esa gama universal de narcisismo, en mayor o menor escala, en situaciones las más diversas, atribuir todo a neurosis, tratar todo como enfermedad. Menninger dice, lo que es obvio –muy importante en nuestros días– que nada impide que un “defecto caracterológico sea considerado también como una “negligencia” (sic) moral, una forma de pecado”<sup>23</sup>.

12. A esta altura de las consideraciones a las que nos ha llevado una simple reflexión sobre el hombre, lo encontramos, ya en nivel individual –psicológico– ya en nivel comunitario –sociológico– en todos los niveles de comunidad familiar, escolar, profesional, gremial, religiosa, nacional, internacional, girando en torno a su yo afirmativo. Su fuerza de autoafirmación hace de él todo lo que es y lo que no es, construye y destruye, exalta y humilla, ennoblece y degrada, sublimiza y corrompe, lo torna respetable y ridículo en la grande y universal tragicomedia de un mundo enloquecido, malo e inocente, amable y odioso, alegre y desesperado, seguro y titubeante, racional y loco. La simultaneidad de semejantes situaciones lleva a una profunda sorpresa. Por fin, la antropología del sociólogo y del psicólogo se encuentran, de alguna manera, con la antigua y primitiva palabra de la Biblia: El hombre

---

<sup>21</sup> El orgullo colectivo es... el último esfuerzo, y en ciertos aspectos el más patético, que el hombre ha hecho Para negar (superar) el carácter determinante y condicionante de su existencia (la realidad): en él está contenida la verdadera esencia del pecado humano” (R. NIEBUHR, “*The Nature and Destiny of Man*”, cit. por Menninger).

<sup>22</sup> Karl MENNIGER *O pecado de nossa época*, Rio 1975, p. 129. Cita a RUSSELL en “*Power, a new social analysis*”, N. Y., 1969, p. 11.

<sup>23</sup> Ib, p. 131. Fue lo que quiso mostrar, no sin mil contestaciones o incomprensiones, el documento “Persona Humana” de la Sag. Cong. para la Doctrina de la fe, fechado 29 de diciembre de 1975.

camina con su tesoro, su vida, habiendo perdido a su guía, a su amigo de quien había sido hecho gratuitamente colaborador, y por eso, desorientado, delira, desatina, sin saber qué y cómo odia y ama.

La sabiduría evangélica tiene respuesta a ese drama de voluntaria alienación con una solución no menos dramática de un radicalismo de amor insospechado e inconcebible, creíble sólo porque es revelado.

Dios se hace hombre para vivir la humildad humana por amor, para vivir la obediencia y la reconciliación, lo que todos los sabios vislumbran como la verdad, la solución, pero no tienen el valor de descubrir para abrazarlo. S. Benito es un maestro de ese mensaje de liberación traído por Aquel que es el único Maestro y que por ello vivió la obediencia –el amor de identificación de voluntad con el Padre– hasta la muerte de Cruz, prenda de resurrección y glorificación. S. Benito se encarga de mostrar a sus hijos a Cristo y su mensaje salvador y por eso les habla de “renunciar a las propias voluntades” Cristo vivió esa realidad y es preciso tener sus mismos sentimientos.

13. Ya en el comienzo de su vida pública, Cristo pasa por la prueba de la rectitud de su principio de “autoafirmación”, y es llamado a dar testimonio de que Él no es su propio Dios, de que hay un Dios a cuya voluntad se une por amor, hay un Dios a quien adora, que es su Padre, que es uno con él. Forma parte del testimonio de Jesús dar un sí a la misión para la cual fuera enviado, la de ser un nuevo Adán, a quien el Padre llama Hijo y que responde llamando a Dios Padre-Abba. Y este sí incluye, más que una prueba frente a la tentación, una confrontación y una superación, una primera negativa impuesta al príncipe de este mundo, a quien el primer Adán se había sometido y a quien había alienado su condición primera de creatura amada de Dios.

La lectura del texto evangélico de las tentaciones de Jesús (*Mt* 4,1-11; *Lc* 4,1-13; *Mc* 1,12 s.) nos ofrece el sentido obvio de quien vence la tentación. Pero no es sólo eso. Un aspecto positivo se impone que hasta hace que se llegue a negar el primer sentido:

“En modo alguno Jesús fue tentado a cometer un pecado y resistió; antes bien, se trata del sí de Jesús a su misión... fue puesta a prueba su disposición a renunciar al camino fácil del aplauso público e ir por el camino más duro de la obediencia, como le había sido preanunciado en *Is* 42,1 ss.”.

Nótese que no se trata ni siquiera de

“resistir a la seducción de asumir la fuerza política y buscar el éxito exterior, pues de acuerdo al cuadro que nos transmiten las fuentes, sería inimaginable que para Jesús las ambiciones políticas fuesen una seria prueba”<sup>24</sup>.

Toda tentación, en la misma medida en que parece eficaz y peligrosa para los hombres –aun para los hombres de la Iglesia, que a veces parecen padecer una especial debilidad en el campo político, mezclada con una permanente esperanza o espejismo de profetismo carismático para un uso del poder “al servicio de Dios”– es totalmente inverosímil cuando se ve frente a ella a la persona de Cristo.

Siempre se acepta con una cierta reserva la tentación de Cristo, porque más que una tentación, decimos, se trata de una confrontación, de un encuentro inevitable.

Cristo no se siente tentado, pero, por el momento, ésa es el arma del enemigo; lo que Cristo hace entonces es mostrar su fidelidad a Dios, encarnar la figura del único hombre que no negará al Padre, será fiel a Dios en cualquier situación.

Hizo lo que hasta ahora ningún hombre ha hecho totalmente, y si lo hiciera en cierto sentido, será en la fuerza y en la gracia de este nuevo hombre que lo hace totalmente. Por eso, los ángeles de Dios se

---

<sup>24</sup> Cf. J. JEREMIAS, *Teología do Novo Testamento*, 1ª parte. “A. Pregação de Jesus”, Ed. Paulinas, 1977, pp. 118 y ss.

aproximaron y se pusieron a servirlo” (Mt 4,11). La victoria sobre Satanás significa la irrupción de los tiempos salvíficos. Otras victorias vendrán con las frecuentes expulsiones de demonios, bajo diversas formas, que llenan las páginas del Evangelio, obradas por Jesús mismo no sólo personalmente sino a través de sus discípulos a las que el propio Jesús atribuye gran importancia; esto es una prueba de que su misión salvadora obra la salvación, irrumpen los tiempos de la salvación y del Reino, y Satanás es derrotado. Jesús ve la alegría de los 72 que vuelven y dicen: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. Y El les dijo: Estaba mirando a Satanás caer como un rayo del cielo... os he dado el poder... Sin embargo no os alegréis de eso, de que los espíritus se os someten, sino alegraos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc 10,17-20).

Después de la última respuesta de Jesús al tentador, “el diablo lo dejó”; pero un definitivo encuentro o enfrentamiento estaba desde siempre señalado y profetizado.

14. Jesús tiene la Ciencia de lo que va a suceder. Sabe que tiene que ocuparse de las cosas de su Padre. Sabe que entra en el mundo para morir en la Cruz: “Me formaste un cuerpo, entonces Yo dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hb 10,5-7). Se hace obediente hasta el postrero y total servicio, razón por la cual el príncipe de la mentira y del orgullo no tendrá jamás poder sobre El. Podrá perseguirlo hasta el fin, no importa, esta es la condición para la derrota definitiva y para la glorificación de Aquel que vence a la muerte.

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate de muchos” (Mc 10,45). Ese “dar la vida” es, al mismo tiempo, el gesto más libre y la obediencia más perfecta a la voluntad del Padre, lo que sólo puede conseguirse en el amor sobrenatural que une al Hijo con el Padre y al Hermano con los hermanos que Él vino a salvar. La palabra del Hijo referida por Marcos da plena resonancia al incomparable capítulo 53 de Isaías, profecía de la teología viva de la Pasión Redentora de Jesús. El rescate es el pago para la liberación de alguno, del primogénito, para la emancipación de esclavos, para quedar libre de la muerte merecida o aún, como especialmente en este lugar, como acción sustitutiva de sacrificio de expiación. Esto es lo que hace el siervo en Isaías 53: “... el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos. Fue maltratado... como cordero llevado al matadero y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Plugo al Señor quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días... Por sus padecimientos justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará... se entregó a la muerte<sup>25</sup> y con los rebeldes fue contado cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes” (Is 53,7-12). Son incontables las proyecciones y los ecos de esta profecía en el Nuevo Testamento, por cuanto éste nos relata la realización de la profecía en el Hijo de Dios que, en su postrer combate con el antiguo enemigo, vence la maldición y la muerte por su obediencia que llega hasta derramar su Sangre en la Cruz.

Por lo cual “Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre” (Flp 2,9). San Pablo será insuperable en la predicación de esa justificación que lleva la Resurrección del Cristo a todos los hombres, especialmente en sus Cartas a los Romanos (5-8) y a los Corintios. En síntesis: “... así como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos” a medida que renacen en Cristo, recibiendo la “gracia en virtud de la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor” (Rm 5,18 ss.).

15. “Sentid en vosotros lo mismo que Cristo Jesús (Flp 2,5). Es lo que nos dice S. Pablo inmediatamente antes de hablar de la obediencia de Cristo, que lo lleva a la locura de la Cruz. Por eso el Padre ama a Jesús y ama a todos los hombres en la medida en que son parte de Cristo “predestinados a reproducir la imagen de su Hijo” (Rm 8,29).

---

<sup>25</sup> “La oblación de Cristo fue voluntaria por su propia naturaleza. Cristo murió porque quiso, no solamente con su voluntad divina sino también con su voluntad humana; y no solamente como se acepta un hecho, sino como se produce un efecto. Pues su alma ya participaba de la gloria y podría impedir su muerte corporal, mas no lo quiso”. Por eso puede Isaías decir lo que dice. (Cayetano, cit. por JOURNET, *Les sept paroles du Christ en croix*. Paris, 1952, p. 161). Y también por eso el mismo Cristo dice: “Nadie me quita la vida sino que yo la doy. Tengo el poder de darla y el poder de recobrarla”. Y eso es lo que hizo.

Esa semejanza de los hermanos con el Primogénito realizada por la caridad, es el principio mismo de la salvación. Y se hará efectiva por la obediencia. Por eso, S. Benito, que al final del Prólogo invita a sus discípulos a “participar por la paciencia en los sufrimientos de Cristo, a fin de merecer ser coherederos de su reino”, comienza el Prólogo con la frase sobre la cual nos dispusimos a reflexionar:

1. “A ti, pues, se dirige ahora mi palabra, quienquiera que seas que
2. renunciando a las propias voluntades
3. empuñas las gloriosas y poderosísimas armas de la obediencia
4. para militar
5. bajo el verdadero Rey, Cristo el Señor.”

Estos cinco elementos tienen todos su valor decisivo en esas pocas líneas del Padre de los monjes.

En cuanto al primer punto vimos la universalidad de la condición antropológica que se concreta en cada uno en cuanto a su “autoafirmación”, alienada o enloquecida, que clama por la salvación. Esta palabra de Benito pide violencia, pero violencia salvadora, la única capaz de reconducir al hombre a su Fuente de vida, violencia y locura que Cristo no titubeó en asumir cuando se hizo obediente hasta la muerte de Cruz. Esa obediencia, así elevada y transfigurada por Cristo, se transformó en armas gloriosas y poderosísimas en un tremendo contraste con lo que un mundo ciego que se hizo su propio ídolo, puede considerar una frustración y un tropiezo. La salvación exigirá una lucha de vida o de muerte, una lucha titánica de la cual Cristo no se evadió, en la cual se tornó el triunfador glorioso y perpetuo. Sus armas son, por tanto gloriosas y poderosísimas. Ninguna otra exige mayor clarividencia, mayor inspiración, mayor inteligencia al ser empuñada –como el arma de David o la propia Cruz de Cristo– porque es despreciada por el mundo armado con sus refinamientos ciertamente no despreciables, pero anticipadamente condenados a la muerte y vencidos por Cristo. Las armas poderosísimas son las que matan al enemigo más tremendo: la muerte, la condenación, el odio, la mentira del príncipe de este mundo. Es el arma de Cristo, comprobada y vencedora, gloriosa fuerza de Resurrección y de vida.

El que empuña tales armas no puede permanecer inerte y compasivo. Tendrá que militar. Tendrá que luchar en una milicia con todo lo que tal concepto incluía en una concepción militar antigua, especialmente en el mundo romano en que vivía Benito.

Un dejarlo todo, bienes, familia, seguridad, destino. Lo que sólo se hace por un Rey verdadero, no por un falso jefe.

Militar significa una vigilancia sin tregua, un contentarse con lo mínimo y, sobre todo, una disponibilidad total de vida, pues las luchas serán constantes y sin tregua el que milita comprometido en esas luchas, usando todas sus armas y capacidades se lanza a ellas o bien para una victoria obtenida con heroísmo y sacrificio, o simplemente para la muerte.

Benito pide a su discípulo esa disposición de compromiso.

Pero, hay un Rey verdadero bajo cuyas órdenes vale la pena militar. Y no sólo la pena sino la vida, y la vida en el Reino que no es de este mundo.

Con estas palabras todo queda dicho sobre esta paterna invitación de Salvación y de vida con que S. Benito abre, con palabras muy suyas, el Prólogo de la Regla de Monjes que se tornó paradigma de vida cristiana en Occidente.

*São Bento  
Río de Janeiro*